

LIBRO dot .com

EL VALLE DE LOS CABALLOS SALVAJES
ZANE GREY

**EL VALLE DE
LOS CABALLOS
SALVAJES
ZANE
GREY**

Digitalizado por **LIBRO** dot .com
<http://www.librodot.com>

I

El Panhandle era una amplia extensión de tierra purpúrea, sin cercar y azotada por los vientos. Bill Smith, el ganadero, erigió en ella una choza y miró hacia el porvenir con ojos llenos de esperanza. Cierta día, cuando se hallaba arando tan lejos de su casa que apenas podía verla-casa que había abandonado aquella mañana temerosamente a causa de un acontecimiento que esperaba que sucediera-, observó que su esposa Margaret se dirigía hacia él a lo largo del borde del campo roturado. La mujer llevaba aquel día la comida al marido, a pesar de las órdenes que éste le había dado en contra. Bill dejó caer las vendas del caballo sobre la manilla del arado y se acercó a su esposa, que se detuvo fatigada y se sentó junto al límite de la tierra removida, oscura y fértil, y de la línea de hierba amarillenta. Bill se proponía regañar a su mujer por haberle llevado la comida; pero resultó que le llevaba algo más: ¡un hijo!

El niño había nacida en la pradera abierta, sobre el terreno fragante y fresco, bajo el acerado sol y el viento frío que provenía del Llano Estacada. Llegaba al mundo protestando contra aquel modo primitivo de nacer. Bill refirió frecuentemente que el recién nacido hizo su aparición gritando de un modo enérgico que demostraba la fortaleza de sus pulmones, apropiados a lo robusto y excepcional de su tamaño. A pesar de las protestas de la madre, Bill insistió en llamar Panhandle a su hijo.

Los primeros recuerdos de Panhandle eran los de sus esfuerzos por trepar hasta lo alto del armario que había en la choza, y de su caída de cabeza, con lo que derramó cierta cantidad de sangre sobre su blanco vestido. Su inmediata aventura, más venturosa que la anterior, consistió en mascar tabaco encontrado en el bolsillo de su padre. Esto le hizo ponerse muy enfermo. Su madre pensó que se había envenenado, y, como Bill se encontraba ausente, corrió a pedir socorro a los vecinos más próximos. Cuando la mujer regresó, acompañada de una vecina, Panhandle había conseguido escupir todo el tabaco y se preparaba para nuevas conquistas.

En otra ocasión, Panhandle mostró una creciente tendencia a manifestar su propia capacidad para bastarse a sí mismo. y se escapó de su hogar. Debido a la corta longitud de sus piernas y a lo limitado de su aliento, no pudo llegar muy lejos. Su voluntad y la firmeza de sus propósitos eran terribles. ¿Atraía al chiquillo la llamada del oscuro desierto? Sus padres le habían visto con mucha frecuencia mirando atentamente la purpúrea lejanía. Pero Panhandle, cuando realizó la fuga, cayó dormido en el fondo de un pozo de riego que se hallaba cubierto de verdor. Lo echaron de menos al cabo de poco tiempo, y el padre y la madre y todos los obreros de la granja corrieron de un lado para otro buscándole afanosamente. Sin embargo, nadie lo encontró. En el apresuramiento de la búsqueda, alguno de los obreros abandonó el trabajo que estaba realizando en las presas de riego, y el agua, al correr, despertó al muchacho rudamente y le apartó de sus sueños. Mojado y sucio, gritando cuanto sus pulmones le permitían, Panhandle se arrastró hasta su casa, con gran consuelo para su afligida madre.

-¡Maldito! -exclamó Bill ante varios de sus vecinos-. Este chiquillo va a ser exactamente lo mismo que yo jamás he podido estar un momento en casa.

Un año más tarde, Bill Smith vendió la granja y ¡se dirigió a una parte más occidental de Texas, donde adquirió las posesiones de un colono y dividió su tiempo entre éstas y el trabajo de construcción de un gran canal de riego.

Panhandle comenzó entonces a vivir en un rancho que era mucho más solitario que el primer hogar que había conocido, puesto que su padre estaba ausente la mayor parte del tiempo. Al principio, el vecino más próximo fue el tío de Panhandle, que vivía en la pradera,

a dos millas de distancia. Su casa era solamente una oscura mancha en el horizonte, una mancha a la cual no era imposible llegar, según pensaba Panhandle; pero muy lejana.

Panhandle se habría arriesgado a recorrer la larga distancia si no hubiera sido por su madre, que se mostraba temerosa de aquella región tan nueva para ella. Panhandle no olvidaría jamás el modo como su madre se asustó al ver a un vagabundo loco que llegó hasta su casa, y, en otra ocasión, ante varios campesinos mejicanos borrachos.

Indudablemente, Panhandle tenía un alma aventurera. Cierta día descubrió que una mofeta había cavado un hoyo bajo el pórtico fronterero de la casa y que allí dio a luz a sus pequeñuelos. Panhandle no les tenía miedo, y ni los molestaba ni los asustaba. Al cabo de cierto tiempo jugaba con ellos como si fuera un compañero de la misma especie, y un día en que estaba divirtiéndose a su lado, su madre lo encontró. La mujer se sintió asustada, enfurecida y horrorizada al mismo tiempo, y suplicó a Panhandle que de en paz a las pequeñas y sucias mofetas. Panhandle solía prometer y olvidar inmediatamente. Su madre le castigaba continuamente, pero todo era inútil. Finalmente, la mujer se vio obligada a adoptar unas medidas severas.

Varios colonos se habían instalado cerca de la casa, y la señora Smith los visitó con la esperanza de poder encontrar algún vaquero o labrador que fuese a destruir los animalitos. Sucedió que no pudo hallar a nadie, sino a la señora Hardman y a su único hijo, que se llamaba Dick? tenía siete años y era demasiado alto para su edad y un atrevido y guapo muchacho de cabello rojo. La señora Smith llegó a un acuerdo con Dick y lo llevó a su casa consigo.

Panhandle se opuso terminantemente a que sus queridos animalitos fuesen asesinados o expulsados por aquel muchacho a quien no había visto nunca. No le agradaba su aspecto. Pero Dick apenas prestó atención al pequeño, excepto en una ocasión en que la señora Smith los dejó a solas y entonces derribó a Panhandle de un golpe. Por una vez Panhandle no gritó. Se puso en pie, con los ojos llenos de furor, pálido, los puños apretados, y no articuló palabra. Algo nació en aquel instante en el fondo de su alma dulce.

Dick hizo un agujero en la pared de rocas que sustentaba el pórtico, y con una escoba encendida a modo de antorcha se arrastró por el orificio para expulsar a las mofetas.

Repentinamente, Panhandle experimentó alegría y temor al oír un grito lanzado por Dick. El muchacho salió del agujero presurosamente, de espaldas. Llevaba consigo un olor que estuvo a punto de asfixiar a Panhandle; tan extraño, tan crudo, tan terrible era. Dick tenía los ojos cerrados. En aquellos momentos estaba ciego, y saltaba de un lado para otro como una gallina a la que hubieran cortado la cabeza, mientras gritaba desesperadamente.

Lo que había sucedido era cosa desconocida de Panhandle; pero le agradaba.

-¡Cobarde, cobarde! - gritó descaradamente al mismo tiempo que se alejaba de Dick.

Más tarde, Panhandle vio que salía humo del agujero situado bajo el pórtico. La mofeta madre y sus pequeñuelos salieron atropelladamente y corrieron entre los yerbajos. Panhandle oyó el crujido de las llamas. Dick había dejado caer la antorcha bajo el pórtico. Gritando a pleno pulmón, Panhandle corrió en busca de su madre. Pero era demasiado tarde. No había hombres en las cercanías, y nada pudo hacerse. Panhandle permaneció llorando, junto a su madre, observando cómo su pequeño hogar era destruido completamente por el incendio. La culpa del accidente, en opinión de Panhandle, la tenía Dick. Panhandle miró de un lado para otro para buscarle; pero Dick había desaparecido. Panhandle no olvidaría jamás a aquel muchacho.

La madre y el hijo se encaminaron a casa de su tío, donde pasaron la noche. Muy pronto comenzó a construirse un nuevo hogar en el mismo punto que había ocupado el anterior. Era más una choza que una casa, porque los materiales de construcción escaseaban y la proximidad del invierno exigía una rápida construcción. El invierno llegó pronto, y Panhandle y su madre estaban solos. Hacía frío en la choza, y ambos se acurrucaban junto al fuego. Tenían mucho que comer, mas se encontraban muy incómodos en aquella choza de una sola habitación. Bill Smith iba a su casa muy raramente. Aquel otoño, el valle se llenó de

colonos "*nideros*" los llamaban, y estos recién llegados pasaban frecuentemente ante la choza, procedentes de la ciudad, borrachos y pendencieros.

Panhandle permanecía mucho tiempo despierto en su cama. Durante aquellas horas de soledad, el zumbido del viento de la pradera, el lamento de los lobos y el ladrido de los coyotes se convirtieron en una parte de su existencia. Entonces comprendió por qué su madre cerraba la puerta con cerrojo, colocaba algún trasto detrás de ella, ponía el hacha junto a su cama y el revólver bajo la almohada. Aun en aquellos instantes" suspiré) porque llegara el momento de ser lo suficientemente fuerte y robusto para protegerla.

El solitario invierno, con sus innumerables horas de soledad' para la señora Smith y el chiquillo, ejerció una in-calculable influencia sobre el carácter de éste. La madre le enseñó mucho, muchos modos y muchas cosas, muchas palabras y sentimientos que se convirtieron en una parte integrante de su vida.

Al fin terminó aquel largo invierno. Cuando llegó la primavera, las embestidas del viento, que ya no era frío, adquirieron una violencia terrible. Panhandle permaneció despierto muchas noches, agitándose al' lado de su madre, temiendo que el albergue fuera derribado por el viento sobre sus cabezas. Muchos días el sol se oscurecía y no se podía cocinar ni efectuar trabajo alguno mientras la tormenta de polvo recorría su camino enojadamente.

A medida que avanzaba la primavera y los tornados perdían intensidad, un nuevo y fascinador juego entró en la vida de Panhandle. Este juego consistía en sentarse tras la pequeña ventanita y observar cómo los vaqueros pasaban ante él. ¡Cómo los admiró! Iban camino de los lugares en que se habían de realizar los rodeos primaverales de que su padre le había hablado. El chiquillo solía abrir los ojos desmesuradamente para verlos, para contar los caracoleantes caballos de largas crines, los esbeltos jinetes con sus gran des sombreros, sus pañuelos brillantes, sus revólveres v chaparreras, sus botas y sus espuelas. ¡Y qué lazos! ¡Cómo fascinaban al muchacho! ¡Cuerdas que zumbaban y caían sobre un novillo fugitivo! Era un juego al que decidió dedicarse cuando fuese mayor. Y su madre, al descubrir su interés, le hizo una pequeña «reata» v le enseñó a arrojarla, a hacer con ella círculos y nudos; le dijo también que las personas que poseían caballo arrojaban lazos y criaban reses.

Panhandle esperaba siempre el paso de los vaqueros. Y cuando pasaban, solía correr hacia el otro lado de la choza, donde había un agujero cubierto por un pingajo, a través del cual miraba hasta quedar cegado por el polvo. Aquéllos fueron unos días completos para el muchacho, días que provocaron en él asombro y temor, ansiedad y respeto y extraños anhelos.

Más tarde su padre llevó un día a casa un potrillo negro con tres pies blancos y una mancha blanca en la cara. Panhandle se entusiasmó. ¡Para él! Podría haber estallado de alegría, pero no acertó a pronunciar ni una sola palabra. Resultó que su madre no le permitió montar el potrillo sino en los casos en que ella misma lo conducía de las riendas. Esto despertó en el muchacho un dolor tan grande como la alegría que le provocaba la posesión del animal. ¡Tener un caballito hermoso, v no poder montarlo...! Unos firmes propósitos se formaron en su imaginación, brillaron y se convirtieron en una obstinada y firme determinación.

Cierto día se apoderó, de Curly, lo condujo hasta detrás del granero, donde nadie podía verle, y, montándolo, se alejó en dirección al manantial. Panhandle se halló solo consigo mismo. Era libre. Se encontraba sobre el lomo de un caballo. ¡Hecho sorprendente y maravilloso!

Curly pareció comprender el espíritu de su jinete; después de beber en la fuente, rompió a correr al trote. Panhandle se mantuvo sobre él como pudo, y volvió el caballito en dirección a la casa. Curly trotó más velozmente. Panhandle sintió que el viento le agitaba el cabello. Subía y bajaba. Gritando, de alegría, hundió las manos en la abundante crin y se sujetó a ella. Al llegar a lo alto de la pendiente, su alegría disminuyó con el temor. Curly continuó su trote cuesta abajo en dirección a la casa. ¡Más y más y más aprisa! Panhandle saltaba a cada momento a mayor altura, caía sobre el cuello del caballo v volvía a caer sobre las ancas, hasta

que, repentinamente, se vio obligado a aflojar la presión de las manos y fue derribado. Cavó al suelo con un ruido sordo y quedó tan dolorido y aturdido que apenas pudo levantarse. Su madre se detuvo junto a él, con el rostro pálido, con los ojos llenos de reproches.

-¡Oh, mamá..., no estoy- herido! - exclamó el muchacho.

Bill Smith se acercaba en aquellos momentos y escuchó, frotándose la puntiaguda barbilla, mientras la madre exageraba elocuentemente la culpabilidad del chiquillo.

-Bien; déjale montar si quiere -contestó Bill Smith-. Es un muchacho valiente. Le puse un nombre apropiado. Va a ser un gran vaquero. ¡Panhandle Smith! Le llamaremos, para abreviar, Pan.

Pan oyó estas palabras, y su corazón palpitó alegremente. ¡Cuánto quiso a su padre en aquel momento! "Vaquero" significaba ser uno de los grandes caballistas de aquellos terrenos. Sería uno de ellos. Desde aquel día en adelante vivió sobre el lomo de Curly. Aprendió a cabalgar, a mantenerse sobre el animal con firmeza, a conservar el asiento sobre el lomo desnudo del caballito, a moverse con él al mismo tiempo que avanzaba. Un día, Pan se encaminaba hacia su casa, de regreso de la de su tío, y al llegar a una extensión del terreno muy llana, forzó al caballo a que corriese a la mayor velocidad que le fuese posible. El viento le azotaba, el movimiento le entusiasmaba y el hecho de dirigir al caballo provocó y fijó en él un extraño sentimiento: era un vaquero. De repente, Curly puso una de las patas sobre un hoyo del terreno. Y sucedió algo importante. Pan se sintió arrojado, disparado a través del aire. Cayó sobre la tierra, y su visión se borró; cuando volvió en sí descubrió que había golpeado la blanda tierra con el rostro y se había despellejado la nariz y la barbilla; pero no estaba gravemente contusionado. Aquélla era su primera caída en realidad importante. Curly le esperaba un poco separado de él y estaba cojo; Pan comprendió que no podía ocultar las pruebas de su osadía, y decidió decir la verdad.

Pan encontró a su padre en el granero.

-Oye, maldito establero - le preguntó su padre -; ¿se ha desbocado el caballo?

-No, papá - replicó Pan haciendo un esfuerzo -. Le he obligado a correr mucho.

-¡Ah, ya lo veo! - continuó su padre; y después de reconocer cuidadosamente al muchacho, comenzó a examinar el caballo.

Envalentonado por lo que su padre le había llamado, Pan fue directamente en busca de su madre. La mujer gritó al verle. Y los gritos de la mujer llegaron al corazón del padre.

-Pero, mamá, esto no es nada. Soy solamente un maldito establero...

Aún no tenía Papi seis años cuando concurrió al primer rodeo, lo que sucedió en los primeros días de aquel mismo verano. Su entusiasmo por aquel acontecimiento fue nublado por la vergüenza, puesto que tuvo que aparecer ante todos los vaqueros con un caballo sin ensillar, y porque temía que sucediera exactamente lo que sucedió.

-¡Eh, ahí viene el jinete sonso del Llano Loco! -dijo tino de los vaqueros al mismo tiempo que se aproximaba a Pan con el rojo rostro iluminado por una sonrisa.

-Muchacho, estás montando un caballo magnífico; pero has olvidado ensillarlo - observó otro en tanto que guiñaba los grises ojillos.

-Compañeros, éste es Panhandle Smith, el hijo del colono que vive junto al río. He oído decir que Pan monta estupendamente a pelo.

Aquellos alegres muchachos, alto., y esbeltos, aunque fornidos, que parecían respirar vida y el espíritu de la llanura, se reunieron en torno a Pan, con lo que demostraron que no ha habido jamás un vaquero a quien no le hayan agradado los jóvenes.

-Ove, niño, voy a cambiar mi silla por la tuya - elijo uno de los vaqueros que primeramente se había dirigido a él.

El corazón de Pan latía violentamente. ¿Cómo podían sospechar lo muy atractivos, lo muy maravillosos que todos le parecían? ¡¡Si no hubiera estado montando a pelo a Curly...!! Y los vaqueros, se reían de él. Las lágrimas no estaban muy lejos de sus ojos.

-Oye, joven, me apuesto contigo lo que quieras a que ese caballo que tienes no puede correr con la rapidez suficiente para acatarrarse - dijo uno de los vaqueros.

-Yo apuesto a que sí - añadió un tercero.

-Pan, hazles esto-dijo el vaquero que parecía conocerle; y siguiendo como la acción a las palabras, se colocó el pulgar sobre la nariz y movió el dedo -. Hazlo, Pan. Con eso, los obligarás a callarse.

Pan se encontró forzado a hacer lo que se le ordenaba; y al hacerlo provocó un coro de risas alegres.

Y de este modo, a aquella temprana edad, Panhandle Smith fue iniciado en la hilaridad, en las artimañas y en el espíritu que erais comunes a aquellos despreocupados jinetes.

Cuando comenzó el rodeo, Pan descubrió que no había sido olvidado.

-Ven conmigo, Pan - gritó uno de los vaqueros -. Ven a ayudarme... Oblígalos a volver grupas, muchacho. Pan cabalgó como el viento, radiante y emocionado, enajenado por la felicidad.

Algún otro jinete solía ordenarle:

-¡Acomételes, vaquero! ¡Oblígalos a retroceder!

Y Pan, sin saber apenas lo que hacía, veía con ojos llenos (le asombro que los ojos parecían ser conducidos y obligados por él a tomar una dirección. Siempre había algún vaquero junto a él, algún vaquero que corría con rapidez, que le dirigía gritos, que le convertía en una parte (le las personas que realizaban el rodeo.

A la hora meridiana, tu hombre, irás viejo, sin duda el propietario del ganado, interrumpió la labor. Una voz áspera procedente de no se sabía dónde, gritó:

-¡A comer!

El rancharo, al ver a Pan, se acercó a él y le preguntó:

-Oye, forastero, ¿has traído tu comida contigo?

-No..., señor -tartamudeó Pan-. Mi mamá me dijo que volviera pronto.

-Bueno, quédate a comer conmigo-replicó el hombre con amabilidad -. Es posible que esos toros se demanden, y en ese caso tendremos nunca necesidad de tu ayuda.

Un momento más tarde Pan vio a aquel hombre de ojos negros y grandes en el círculo que componían los hambrientos vaqueros; los vaqueros no volvieron a divertirse a costa (le Pan-, porque el chiquillo era ya uno de ellos. A Pan le resultó ciertamente difícil sentarse con las piernas cruzadas al modo de los vaqueros con un plato puesto sobre las rodillas; pero no tuvo dificultad alguna para devorar el jugoso bistec, las patatas hervidas y las galletas calientes que Tex, su anfitrión, le ponía en el plato.

Después de la comida, los vaqueros reanudaron el trabajo.

-Quédate junto al fuego, muchacho - dijo Tex.

A continuación, Pan vio una ternera que era arrastrada por el terreno. Un vaquero a caballo sostenía la cuerda.

-¡El hierro! - gritó.

Pan se inmovilizó temblando mientras uno de los que tiraban de la cuerda se apeaba para sujetar a la ternera, que iba mugiendo e intentando saltar. Tenía los ojos desorbitados y la boca llena de espuma. El vaquero la derribó y obligó a caer de espaldas, con las patas al aire. Uno de los marcadores, con el hierro enrojecido al fuego, se acercó. La ternera mugió. Se extendió por el aire el olor de la piel quemada, el humo del pelo chamuscado y una nubecita de humo blanco, todo lo cual repugnó a Pan. Después, uno de los vaqueros se aproximó a él.

-Me parece que aquélla es tu mamá, que viene a buscarte.

El vaquero levantó a Pan para sentarlo en su caballo y lo condujo hacia el terreno sin cercar, desde donde Pan pudo ver a su madre, que se aproximaba anhelante y ansiosa y con los grandes ojos dilatados.

-Le suplico que me perdone, señora-habló el vaquero mientras se quitaba el sombrero-. Ha sido culpa nuestra que su hijo se haya quedado durante tanto tiempo. Lamento mucho haberla llenado de impaciencia. No reprenda a su hijo. Es un muchacho muy simpático, y no hay duda de que, en lo futuro, se convertirá en un gran vaquero.

II

Así fue como Pan, a la temprana edad de cinco años, recibió el estímulo que necesitaba para encauzar su vida por el rígido sendero que seguían los vaqueros. Solía llamarse a sí mismo Tex. Y si su madre olvidaba utilizar este nombre tan seductor, se sentía ofendido. Adoptó el modo de andar, de hablar y de cabalgar de Tex. A todas las horas del día, lo mismo dentro que fuera de su casa, jugaba a realizar rodeos. Piedras, clavos, astillitas..., todo servía para desempeñar el papel de ganado. Tenía una imagen en madera que representaba a él y a su caballo. La mayoría del tiempo lo pasaba a lomos de Curly, en el encerradero o en el campo abierto, rodeando a una imaginaria ganadería. Durante la noche, sus sueños estaban llenos de vaqueros, de carros, de caballos y de novillos mugidores.

Cada vez que veía algún vaquero montado sobre un ágil caballo, en el cerebro de Pan se intensificaba esta impresión, y en su corazón se grababa más vívidamente la imagen de su porvenir. Era para aquello, para ser aquello para lo que había nacido.

Colonos y más colonos, que tomaban para sí terrenos de ciento sesenta acres cada uno, iban llegando continuamente en sus carros cubiertos a aquella tierra prometedor. Algunos de esos hombres, como el padre de Pan, se veían obligados a trabajar durante una parte de tiempo lejos, de la casa para ganar el dinero que tanto necesitaban. Jim Blake, el último de aquellos colonizadores, había escogido un terreno situado en una zona pantanosa y profunda que Pan cruzaba siempre cuando iba a visitar a su tío. Era un lugar hermoso, cubierto de hierba y algodóneros, por el que se deslizaba una delgada corriente de agua, un lugar solitario y escondido junto al cual habían pasado anteriormente otros colonizadores.

Pan encontró cierto día a Jim y cabalgó a su lado. Jim era joven, agradable, alegre; un granjero y aspirante a ranchero que carecía de los signos característicos de los ° vaqueros. Pan creía que esto era una gran desventaja, pero llegó a apreciar a Jim y le dio a conocer los progresos que había hecho en equitación.

Llegaron los días de otoño, grises y tristes, durante los cuales el frío viento azotaba la llanura y unas nubes amenazadoras se cernían sobre las cumbres de las montañas. Otro invierno se acercaba. A Pan le molestaba pensarlo. Nieve, hielos, vientos helados le impedirían montar a Curly. En estas circunstancias cabalgó continuamente, mucho más de lo que su madre le permitía.

Sus padres quisieron que fuera con ellos al caserío cierto sábado. Iban a llevar el carro para adquirir las provisiones invernales. El ansia de aventuras de Pan estuvo a punto de decidirle a realizar el viaje, pero prefirió quedarse junto a Curly. Su madre se opuso, pero el padre dijo que no había inconveniente en que permaneciese en la casa.

-Pan, puedes ir a casa de tío George para llevarle ciertas cosas. Pero ten cuidado de que no te sorprenda una tormenta.

De este modo llegó la ocasión en que Pan se encontró solo por primera vez en su vida, dueño de sí mismo y libre para obrar del modo que mejor le pareciese. Y no fue muy pronto a casa de tío George. Su tío era simpático, pero no concedía a Pan la libertad que éste anhelaba. Así, entre unas y otras de las importantes tareas que su papel de vaquero le imponía, las horas transcurrieron rápidas, y ya había pasado mucho tiempo cuando, al fin, decidió cruzar la pradera para dirigirse a la colonización de su tío.

Pan no necesitaba nunca un pretexto para galopar, pero en aquella ocasión dispuso de uno que lo justificaba. Las dos millas de recorrido no requerirían el empleo de mucho tiempo. Debería apresurarse a regresar, porque verdaderamente parecía que una tormenta comenzaba

a descender desde las negras cumbres. Pan comprendió que debía haber realizado aquella misión a una hora más temprana del día.

El frío viento le azotaba el rostro y le arrancaba lágrimas de los ojos. Curly trotó con su paso rápido y fácil sobre la frecuentada senda. La hierba amarillenta se doblaba, los cardos rodaban por el pardo terreno. ¡No había sol. Todo el Oeste estaba envuelto en unas nubes pardas. Muy pronto se encontró Pan corriendo a través de la zona en que vivía Blake. Los, algodouneros estaban casi desnudos. Solamente pequeñas cantidades de hojas permanecían adheridas a las ramas, y a cada momento una hoja volaba revoloteando hacia el suelo. Allí, en el terreno pantanoso, Pan percibió los aromas del otoño, aroma jugoso y olor a madera.

Una vez traspasada el terreno pantanoso, puso el potrillo al galope, y al cabo de muy poco tiempo _pudo llegar a casa de tío George. ¡ No había nadie! El caballo y el carro tampoco estaban. Pan dejó a la puerta el paquete que llevaba y emprendió el regreso. Al pasar al trote ante el portillo de Blake, oyó una débil voz que le sobresaltó; detuvo a Curly, escuchó y miró. La choza de Blake se hallaba al fondo, oculta a su vista por los algodouneros. Sin embargo, el granero, con su cobertizo abierto a uno de los costados, estaba situado exactamente detrás del portillo. Las vacas habían sido llevadas allí para ordeñarlas. Una ternera hambrienta intentaba robar leche a su madre. Los polluelos comenzaban a cacarear. Pan no creyó que ninguno de estos animales pudiera haber proferido el sonido que oyó y que le había parecido una llamada. Estaba a punto de reemprender la marcha cuando, repentinamente, llegó hasta él un extraño grito que parecía provenir del granero o del cobertizo. El grito le excitó más que le asustó. Desmontó, empujó el ancho portillo de madera y entró.

Bajo el abierto cobertizo encontró a la señora Blake tumbada sobre un montón de heno que evidentemente acababa de bajar del desván. Al ver a Pan, su pálido y convulso rostro experimentó un cambio.

-¡Oh...! ¡Gracias a Dios! - exclamó la mujer. -¿Está usted herida? - preguntó Pan con presurosa compasión-. ¿Se ha caído usted del desván?

-No; pero tengo unos dolores terribles.

-¡Ah!... ¿Está usted enferma?

-Sí. Y estoy sola. ¿Quieres hacerme el favor... de ir en busca de tu madre?

-Papá y mamá han ido al poblado -contestó desconsoladamente Pan ---. Y no hay nadie en casa de tío George. -Entonces, debes comportarte como un hombre valiente.

Bill Smith, al regresar apresuradamente a su casa en compañía de su esposa y de Jim Blake, sufrió un retraso originado por la tormenta. Era más de medianoche cuando llegaron a la casa. Encontraron a Curly con las bridas colgantes, inmóvil en la niebla, junto al granero. La señora Smith se alarmó. Bill y Jim, aun cuando se preocuparon, no se mostraron tan temerosos como ella.

Con unas linternas comenzaron a seguir las huellas que Curly había dejado sobre la nieve. La esposa de Bill no quiso quedarse atrás.

Pronto llegaron al domicilio de Blake, aunque las huellas del potrillo fueron difíciles de descubrir y de seguir. Encontraron a Pan completamente despierto, acurrucado detrás de la vaca, fiel a la confianza que en él se había depositado. ¡La señora Blake no se encontraba en mal estado, si se tienen en cuenta las circunstancias, ni tampoco lo estaba el recién nacido. Era una niña, a quien Jim puso en aquel momento el nombre de Luty, que era el de su esposa.

Los hombres transportaron ¡a la madre y a la nena a la casa, mientras la señora Smith los siguió junto al soñoliento Pan. Encendieron unas hogueras en la abierta chimenea y en la cocina, y dejaron que la señora Smith atendiera a la madre. Ambas mujeres oyeron que los hombres hablaban; pero Pan no oyó nada, porque se había acostado, envuelto en mantas, en un rincón.

-¡Demonio de criatura! -exclamó Bill -. Jamás he visto nadie que pueda competir con él.

-Es posible que Pan haya salvado dos vidas. ¡Dios le bendiga! - replicó Blake emocionadamente.

-¿Quién sabe? Es posible... ¡Qué cosas más extrañas suceden! Jim, ese hijo mío nació en un campo roturado. Y ahora, nace el tuyo... en un establo, sobre el heno.

-Sí, es extraño - murmuró Blake -. Pero debemos esperar que sucedan acontecimientos de esa naturaleza en gran Oeste.

-Bien: Pan y Luty no podrían haber tenido un nacimiento más apropiado. Debería servir para que las das criaturas se unieran para toda l'a vida.

-¿Quieres decir que deben desarrollarse juntos y casarse uno con otro? ¡Sería estupendo! Queda hecho el trato, Bill.

Pan, dormido en el rincón de la otra habitación, y Luty, sollozando junto al pecho de su madre, fueron destinados el uno al otro por sus padres.

El invierno transcurrió del mismo modo que el anterior; solamente se diferenció de aquél en que Pan tuvo el consuelo de entregarse a su eterno juego de los rodeos.

¿Cuándo será Luty lo suficientemente mayor para jugar conmigo? -preguntaba frecuentemente. La niña no había desaparecido jamás de su imaginación, aun cuando no volvió a verla desde su arribada a este mundo. La niña parecía formar el tercer eslabón de la cadena de su vida: Curly, los vaqueros y Luty. No sabía de qué modo armonizaría con; los otros dios eslabones. Pero estos tres acontecimientos sobresalían en su memoria de entre las nieblas del pasado.

Al fin, la nieve se derritió, la pradera se cubrió de una alfombra de verdor, los árboles se llenaron de hojas y los pájaros volvieron a cantar nuevamente. Todo esto era hermoso, pero insignificante al lado de Curly. Pan estaba más fuerte y era más travieso que nunca.

El padre de Pan fue a la casa una o dos veces cada mes durante la primavera, y siempre llegaba tarde y salía de ella a una hora temprana. ¡Cuánto suspiraba Pan por la venida de su padre!

Después llegó la cuarta época de la vida de Pan. Su padre le llevó una silla. Estaba muy lejos de ser nueva; era de construcción mejicana, se hallaba cubierta de cuero y tenía una enorme y dorada perilla. A Pan le entusiasmó casi tanto como le entusiasmaba Curly ; y cuando la silla no estaba sobre el lomo del caballo, adornaba la verja o una silla de la casa, siempre con Pan encima, que obraba como Tex, a quien imitaba.

El quinto, y seguramente el más grande de todos los acontecimientos que se sucedieron en el rápido desarrollo de la carrera de Pan, aun cuando él no lo supo entonces, ocurrió cuando su madre le llevó a que viese a su nena, Luty Blake. Parecía ser que ambas parejas de padres la llamaban festivamente la nena de Pan, lo que no le desagradaba, pero le hacía sentirse singularmente tímido. Esto sucedió desde mucho tiempo antes de que su madre pudiera llevarle a que conociese a su protegida.

La primera impresión que, recibió Pan de Luty fue al verla arrastrándose por el suelo para aproximarse a él. ¡ Qué diferente era en realidad del recuerdo que él conservaba de un rebujo moviente envuelto en una toalla! Era muy robusta y guapa. Estaba ataviada con un vestidito blanco. Tenía los pies y las piernas gordezuelos. Sus manos tenían un rosado color y su rostro era como una rosa silvestre punteada por las dos violetas que eran los ojos; y su cabello era como oro hilado. Aun cuando todas estas cosas fuesen maravillosas, todas quedaban oscurecidas por su deliciosa sonrisa. La timidez de Pan se borró, y se sentó en el suelo para jugar con la chiquilla. Sacó del bolsillo pequeñas astillitas, guijarros y piedrecitas, con todo lo cual jugó a hacer rodeos. Luty se interesó halagadoramente por el juego de Pan, pero le impedía jugar con tranquilidad, puesto que le abrazaba y se agarraba de la manera más tenaz y sostenida a sus dedos.

Desde aquel día, los Smith visitaron todos los domingos del verano el hogar de los Blake, y se hicieron muy buenos amigos. Bill y Jim hablaban sobre el negocio de ganados. Las madres cosían y conversaban esperanzadamente acerca del porvenir. Pan no perdió ninguna de aquellas visitas domingueras, y llegó el tiempo en que realizó el desplazamiento

por su propia cuenta. Luty era la vaquera más agradable- de todo el mundo, y no oponía ningún obstáculo a que él fuese Tex. Hasta hizo todo lo que le fue posible por llamarle de este modo. Y se arrastraba detrás de él y le agasajaba con una indeclinable adoración. Las personas mayores los miraban una y otra vez y sonreían.

A medida que pasaban las semanas y los meses aumentaba el número de colonos, y las manchas que constituían las reses se extendían más y más por el terreno. Cuando llegó el invierno, algunos de los colonos, entre los que se hallaban Pan y su madre, se trasladaron a Littleton para enviar a los niños al colegio.

La primera maestra de Pan fue Emma Jones. Pan simpatizó con ella inmediatamente de verla, lo que sucedió la primera vez que fue a su casa para llevarle a la escuela. Pan no estaba acostumbrado a tratar con desconocidos. Los hombres que había en las calles, los muchachos mayores que él, todos le molestaban. Los vaqueros escaseaban en el pueblo, lo que constituyó una gran desilusión para Pan. Littleton perdió mucho en su concepto.

Resultó que Pan era zurdo. A la señorita Jones le parecía que era incorrecto que una persona escribiera con la mano izquierda, por lo que ató la de Pan fuertemente a la mesa y le obligó a trazar letras con la mano derecha. ¡Qué temporada más terrible y más antipática para Pan! La presencia de tantos niños y niñas le desconcertaba, aun cuando no era remiso para hacer amistades; pero quería a Curly y la pradera. Prefería hallarse junto a Luty. Y lo que más apreciaba de todo, lo que más anhelaba, era hallarse junto a los vaqueros.

Dick Hardman entró de nuevo en la vida de Pan, funestamente, inevitablemente, como si el porvenir hubiera preparado algo inescrutable y siniestro, como si los días de escuela, los días de juventud' y los días de virilidad hubieran sido proyectados enmarañadamente antes del nacimiento. Dick se encontraba, en un curso más avanzado e hizo que esta circunstancia fuese conocida de Pan. Se había convertida en un, muchacho más alto, más guapo, más atrevido, que tenía una mata de cabello rojo tan brillante como una llama. Llamaba a Pan. «el pequeño domador de mofetas» e incitaba a los demás muchachos a que lo ridiculizaran. De este modo, el oculto resentimiento que se escondía en las profundidades de Pan comenzó a adquirir bríos y se, convirtió de nuevo en: una llama que halló en sí misma el combustible necesario para convertirse en odio. Pan dijo a su madre lo que Dick había indicado a los chicos que le llamasen. Y se sorprendió en verdad al ver que su madre se indignaba profundamente. En cierto modo, la exaltación de la madre fortaleció el resentimiento de Pan. El' chiquillo tenía su misma sangre, su mismo fuego, su mismo orgullo, aun cuando fuera solamente un niño.

Después, los interminables días de escuela terminaron por una temporada. El verano había llegado. Pan regresó a sus queridas llanuras, a los campos abiertos, a Curly, a Luty. Pero Luty había cambiado mucho, puesto que ya podía permanecer en pie ante él y llamarle Tex. El chiquillo reanudó sus antiguos juegos con ella, y cuando llegó la ocasión le concedió el honor de sentarla sobre Curly. Si la chiquilla no hubiera llenado anteriormente de cariño su corazón, aquella imagen suya cuando se encontraba sobre el caballo, riendo y sin temor, lo habría conseguido.

Otro tío suyo se había trasladado a la región para colonizar más tierras. Pan dispuso de un nuevo lugar donde ir, más, lejano, en un terreno bravío y que le agradaba mucho más. Cada vez que iba a casa de- su tío, veía vaqueros.

Cierto día, cuando Pan se encontraba en casa de este nuevo tío, sucedió una cosa terrible, la verdadera primera tragedia de Pan. Un vaquero había dejado abierta la puerta del granero. Curly entró en ella y se acercó al grano. Antes de que pudiera impedírsele, comió enormemente y bebió después de' un modo copioso. Este exceso lo mató.

Cuando Pan salió de su estado de estupefacción y al comprobar la magnitud de la pérdida que había sufrido, se llenó de aflicción. No podía ser consolado. Pasó horas y horas sentado sobre su silla de montar y llorando. Tardó mucho tiempo en volver a visitar a la pequeña Luty. Su padre no pudo comprarle un nuevo caballo, y tardó muchísimo tiempo antes de que pudiera conseguir otro.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

